



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**

[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**JUSTO BOLEKIA BOLEKÁ**  
*Cuentos bubis de la isla de Bioko*  
[Selección de cuentos]

#### Edición impresa

Justo Bolekia Boleká, *Cuentos bubis de la isla de Bioko* (2003)

#### En

Justo Bolekia Boleká (2003) *Cuentos bubis de la isla de Bioko*.  
Ávila: Malamba (pp. 75 – 80; 143 – 149; 155 – 160)

#### Edición digital

Justo Bolekia Boleká, *Cuentos bubis de la isla de Bioko* [Selección de cuentos] (2014)  
Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Abril de 2014



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D  
«Literaturas africanas en español. Mediación  
literaria y hospitalidad poética desde los 90»  
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



# **Cuentos bubis de la isla de Bioko**

## **Justo Bolekia Boleká**

### **WEWÈÖPÖ (Rebola)**

Hace mucho tiempo que en un pueblo vivía una joven muchacha de nombre Wèwè. Era una de las tres esposas del jefe del pueblo y destacaba entre las otras dos mujeres por su belleza y hermosura.

Wèwè era objeto de grandes halagos por parte de los habitantes del pueblo, pero a pesar de esa armonía reinante, a pesar de ser querida por todos aquellos que la alababan por su hermosura, Wèwè no podía tener hijos. Por esa razón era criticada por sus rivales.

Wèwè era la más hermosa de las tres mujeres del jefe del pueblo, y al marido no le gustaba que su bella esposa trabajara. Ni siquiera los trabajos propios de la mujer, tales como ir al mar a pescar sardinas, peces y anguilas, eran realizados por la joven y hermosa esposa. Mientras las demás mujeres preparaban sus enseres, cogían sus cestos y sus nasas para ir a pescar, cuando no en la playa, en el río —porque entonces los ríos tenían abundante agua y en ellos también se podía coger camarones y peces—, Wèwè permanecía en casa, siempre contemplada por su marido.

Todas las mañanas, las dos rivales de Wèwè y esposas del jefe del pueblo, preparaban sus cestos y en compañía de las demás mujeres, iban a la finca a buscar comida, o al mar a pescar. Y Wèwè se quedaba en casa, porque su esposo, a pesar del problema de la esterilidad que padecía su joven esposa, era consciente de la beldad de ésta, y quería que todos hablaran bien de ella.

Mientras tanto, la madre de Wèwè lloraba todos los días porque era una gran desgracia tener hijos estériles que no pudieran garantizar la continuidad de la familia. Y debéis saber que en è työ<sup>1</sup> es importante que todos tengamos familia, que cada uno garantice la existencia de la gran familia, porque debe haber nietos, hermanos, biznietos, tataranietos, tataratataranietos, etc.

Y la abuela de Wèwè, con quien había crecido ésta, veía todo cuanto ocurría y no le agradaba, porque sabía que su hija y su nieta sufrían mucho: la primera porque no podía ser abuela, y la segunda porque no podía ser madre. Y la abuela de Wèwè acudió a muchos bòhia<sup>2</sup>, visitó al Bötéribò, para quien no existen secretos ni nada que no tenga solución, y envió mensajes a sus antepasados ya espíritus para que dijeran qué podía hacer por su nieta.

Entre tanto, las dos rivales de Wèwè no hacían más que burlarse de ésta, porque a pesar de su hermosura, no podía ser madre. Y los espíritus del Más Allá hablaron. Y la abuela de Wèwè cogió

---

<sup>1</sup> Bubi (N.A.)

<sup>2</sup> Oratorios (N.A.)

sus cestos, preparó a la joven, hermosa y desgraciada muchacha, le untó el cuerpo con toola<sup>3</sup> y aceite preparado al efecto, y en su brazo ató un cordón con taba y dos esferitas de tyibö/lökó. Pasaron tres meses y Wèwè fue asistida por los Dioses y espíritus y se quedó embarazada.

Sus rivales dijeron que nadie más que ellas podría asistir a la futura madre cuando llegara el momento de dar a luz. Las dos se pusieron de acuerdo y hablaron con el marido. Y llegó el momento de parir, y asistieron a la ilusionada y futura madre. Esta tuvo una niña, pero las otras dos esposas del Jefe del pueblo, llenas de envidia, cogieron a la niña y la tiraron al río que había detrás del caserío conyugal. Y las enemigas de Wèwè cogieron un cabrito y lo colocaron junto a la parturienta esposa diciéndole que ése había sido el hijo tan esperado.

Y la recién parida esposa, al ver el cabrito, sufrió mucho, porque no podía creer que hubiese parido un ser semejante. El dolor y la tristeza repercutieron en su estado de salud y enfermó.

La madre de Wèwè lamentó el hecho, y el marido, a pesar del dolor que aquello le causó, fue valiente, porque era el jefe del pueblo. Y el pueblo comentó la noticia. Pero la abuela de la parturienta sabía que todo cuanto había hecho por su nieta era para que ésta trajera un hijo al mundo y no un cabrito. Y la niña de Wèwè fue arrastrada por las aguas, pero cayó en manos de su bisabuela, porque ésta vivía en una cabaña fuera del pueblo, ya que la gente hablaba mal de ella. La todavía joven bisabuela, al ver a la niña de las aguas, no dudó ni un momento de su identidad familiar, porque toda ella era su hija y su nieta.

Wèwè vivió sumida en una profunda tristeza por no saber si había parido un ser humano o un animal. Un día, sus dos rivales hablaron con el esposo común para decirle que estaban ya hartas de la perezosa desgraciada y quisieron saber por qué no iba al mar ni al río como las demás mujeres. Así estuvieron acosando al marido hasta que éste se cansó y les dijo que la prepararan para que fuera con ellas al mar. Y prepararon a Wèwè. Esta nunca había ido al mar a pescar, pero su abuela le había dicho todo acerca de esa difícil arte de pescar sardinas, peces y anguilas.

Llegaron al mar y Wèwè frotó sus hojas de barbasco guineano<sup>4</sup> en las rocas que hay en las pozas, y con su nasa cogía sardinas y peces. Algunos saltaban y volvían a caer al agua, porque Wèwè no dominaba aún el arte de pescar.

Las demás mujeres cogían grandes peces y al ver que en el cesto de Wèwè no había más que sardinas y peces pequeños, empezaron a burlarse de ella.

En el camino de vuelta al pueblo, Wèwè fue la última de la fila, porque el sendero por el que iban no permitía que dos o más personas caminaran juntas, a la misma altura. De pronto, cuando las mujeres llegaron muy cerca del pueblo, y sin saber cuál era el motivo, de la boca de Wèwè salió una romanza:

---

<sup>3</sup> Masa que se obtiene de machacar las hojas verdes de la planta llamada *urophyllum rubens*, de la que se extrae una tintura roja con la que se adornan las mujeres y que también tiene propiedades curativas contra las dermatitis provocadas por las picaduras de los insectos. (N.A.)

<sup>4</sup> La sustancia líquida que se obtiene del barbasco guineano al frotarlo contra las rocas del agua, elimina el oxígeno de ésta, produciendo la muerte por asfixia de los peces. (N.A.)

ílò tyué, ílò tyué, ílò kóllo  
ílò tyué, ílò tyué, ílò kóllo,  
yóro wèwè, yóro waísö  
yóro bobé á bönána;

ö wewèm n tá bö puám ö mmò  
ö wewèm bó púrá betyöm  
ö wewèm bó lèsam i pòhá nē yé;  
è tyué, è kóllo  
n lo úkam ètúkám lö löötém  
n ka loála ëria á betyö:  
sám i pòhá yánò.

Estos peces, estos peces, estas sardinas  
Estos peces, estos peces, estas sardinas  
Han sido capturados por una mujer  
Han sido capturados por la nieta de una  
anciana  
No traje mi belleza del Más Allá  
Mi belleza viene de mi gente  
Mi belleza va con mis hechos;  
Peces y sardinas  
Os capturé con mi nasa y mi cesto  
Os llevo al poblado de las personas:  
Haced lo que sabéis.

Las mujeres que escucharon a Wèwè se echaron a reír y a burlarse de ella. Algunas preguntaban por lo que decía y por qué, si nunca había ido al mar. ¿Por qué canta a los peces? ¿Cree acaso que van a resucitar?

Y las mujeres colocaron sus cestos delante del jefe del pueblo para que éste escogiera el pescado que quisiera. El pescado del cesto de Wèwè empezó a moverse, y la gente se sorprendió. Todos querían saber por qué se movían y volaban los peces del cesto de Wèwè si estaban muertos. Y fue requerida la presencia de la abuela de Wèwè, y el jefe del pueblo congregó a todo el mundo para que todos fuesen testigos del hecho. Y llegó la abuela de Wèwè, bisabuela de la hija de ésta. Y la abuela contó todo cuanto sabía.

La hija de Wèwè había nacido con una estrella en su frente, y para que nadie lo supiera, siempre se cubría la frente. Ese día, la niña, ya doncella, se quitó la piel con la que se cubría la frente y la gente no pudo mirarla mucho, porque la estrella brillaba demasiado. La hija de Wèwè volvió a ponerse la piel y tomó la palabra para contar a la gente cómo había venido al mundo.

Las rivales de su madre tuvieron miedo. El jefe del pueblo y marido de éstas dijo que debían ser enterradas de pie y con la cabeza fuera, de manera que la gente pudiera echar sobre ellas la basura. Pero Wèwè dijo que no, que era mejor perdonarlas. Sus rivales no fueron enterradas, pero fueron desterradas. Wèwè permaneció junto a su marido con su hija y su abuela. Y la gente siguió hablando de la belleza de Wèwè, y los peces volvieron al mar caminando. Este es el cuento de Wèwè<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Narradora de la versión bubi: Dña Paulina-Bösubári Capote Ebuale (Rebola). (N.A.)

## È SITATTA (Baney) (LA PEQUEÑA PIEL)

Había una vez, en un poblado muy lejano, un matrimonio sumido en la más absoluta de las miserias. El marido, ante tan dramática situación, decidió ir de caza. Cogió sus lanzas y sus flechas y se despidió de su esposa. Tardó mucho en llegar al bosque oscuro, donde el tamaño de los árboles y la frondosidad de sus hojas impiden distinguir el día de la noche, donde los animales ven al hombre como a uno de los suyos.

El hambriento cazador, cansado de tanto caminar, decidió sentarse un rato, con la mirada pendiente en esa oscuridad, buscando algún que otro animal. Empezaba a llevarle el sueño cuando se le acercó un antilope grande y del tamaño de una cabra. El cazador alcanzó sus lanzas y, con la rapidez de un relámpago, atravesó el cuello del antilope con una de las finas lanzas, sin que el animal pudiera emitir el más mínimo berrido. Lo recogió y regresó al poblado.

Su esposa, al verle, saltó de alegría. Preparó un rico manjar y comieron durante tres días.

El hombre estuvo acudiendo al mismo lugar con cierta regularidad, y cada vez mataba un antilope. Pero un día, tras obtener su botín, decidió adentrarse más en el bosque. Su sorpresa fue grande, porque encontró un extenso berenjenal. Había berenjenas de todo tipo. El hombre llenó su mochila y regresó al poblado.

Su esposa, al ver tantas berenjenas, gritó de alegría. Preguntó a su marido dónde había encontrado berenjenas tan maduras y tan preciosas. Y el marido se lo contó todo. “El día que vuelvas a la caza”, dijo la mujer, “quiero ir contigo”.

Pero el marido se opuso, porque conocía a su mujer y sabía además que una mujer no debía ir al país de los binyogonyogo (monstruos, cíclopes, ogros, etc.). Marido y mujer discutieron, pero la mujer no se dio por vencida. Y la mujer se puso a trenzar un cordón muy largo, que cosió al traje que su marido llevaba siempre de caza. “El día que mi marido vaya de caza”, pensó la mujer, “seguiré este cordón y no le diré nada”.

Llegó el día, y el hombre se puso su traje. Cogió sus enseres y emprendió su camino. La mujer, cogida del cordón, siguió a su marido de lejos. El cordón no se enganchaba ni a las hierbas ni a las raíces de los árboles, porque el sendero por el que iban era el de los espíritus y los binyogonyogo.

El marido no sospechaba nada. Iba caminando despacio hasta que llegó a una gran roca, la gran roca que estaba en medio del sendero. Y así habló el marido a la roca:

— “Roca, déjame pasar”.

Y la roca se apartó. Cuando la mujer llegó donde la roca no supo qué decir. Saltó por encima de la roca pero ésta se movió bruscamente y la mujer cayó al suelo, porque era una roca mágica. Fue entonces cuando el marido cazador se percató de la presencia de su mujer. Pero ya no podía volver con ella al poblado, porque habían recorrido mucho camino y les faltaba poco para llegar al berenjenal.

Siguieron caminando. El marido tuvo buena caza ese día, porque en su mochila había antílopes, iguanas, cabras montesas, puercoespines, etc. Y llegaron al berenjenal. Pero a pesar de haber prometido no gritar, la esposa de Böie èríbo, que así se llamaba el marido, corría de un lado a otro, sin saber qué berenjena coger, entre exclamaciones y gritos.

Ante tanto escándalo, los binyogonyogo dueños del berenjenal, se dieron cuenta de que alguien les estaba robando las berenjenas. Acudieron rápidamente con sus enormes perros. Marido y mujer tuvieron que salir corriendo, perseguidos por los perros salvajes. Pero afortunadamente el matrimonio pudo llegar al poblado.

Aquella tarde, después de cenar, la esposa se percató de que había perdido su brazalete de piel de la serpiente ebebe, un brazalete que había sido trenzado por un bötéríbo, el personaje que todo lo sabe y todo lo puede. Buscó el brazalete por toda la casa, pero no lo encontró. Después de mucho pensar se dio cuenta de que lo había perdido en el berenjenal, y dirigiéndose a su esposo, le habló con estas palabras: “quiero que vayas a buscar mi brazalete, quiero que lo recuperes porque es muy importante para mí y lo sabes”.

El marido no sabía qué decir. No sabía dónde encontrar el brazalete de su esposa, porque el berenjenal era extenso y a buen seguro que estaría vigilado después del incidente.

Una mañana, ante la insistencia de su esposa, el marido cogió sus enseres y fue en busca del brazalete. Llegó al berenjenal todavía no vigilado. Buscó por todas partes y no lo encontró. Ante tan mala fortuna, tuvo que regresar al poblado, porque se hacía de noche.

Al día siguiente, muy temprano, decidió visitar al bötéríbo, a quien relató lo ocurrido con el brazalete y el lugar donde lo había perdido su mujer. El bötéríbo le dijo que el brazalete estaba ya en poder de los binyogonyogo y que para recuperarlo debía proceder de la siguiente manera:

“Irás a la playa a pescar sardinas que guardarás y no comerás. Y cuando éstas se pudran, las meterás en un cesto de mimbre. Llenarás un recipiente con heces y grandes gusanos de un pozo ciego, y llevarás todo eso contigo cuando vayas al país de los binyogonyogo. Y a medida que vayas avanzando, irás colocando sardinas podridas y heces y gusanos al borde del sendero”.

El marido buscó las sardinas y las guardó. Éstas se pudrieron. Llenó un recipiente con heces y enormes gusanos de un pozo ciego y emprendió su camino hacia el país de los monstruos para recuperar el brazalete de su esposa. El marido llegó a los cuatro senderos, en el cruce donde se confunde el primer sendero, y en lugar de la roca encontró al guardián de los senderos. Le contó lo sucedido con el brazalete de su esposa y el cíclope guardián prometió ayudarlo, pero que debía ante todo obrar con suma prudencia.

El guardián de los cuatro senderos acompañó al marido a la gran casa de los cíclopes binyogonyogo y le escondió en el secadero de palmistes y leños. Por la tarde regresaron los cíclopes y uno de ellos olió algo raro: “aquí huele a alguien extraño a nosotros”, dijo el cíclope, pero nadie le hizo caso. Mientras tanto el marido temblaba de miedo en el secadero. Prepararon la comida y comieron.

Tras un breve reposo, acudieron a la plaza, cogieron el brazalete y se pusieron a cantar y a bailar. Así cantaban los gigantes ogros del ojo grande en la frente:

sé sitattë kattó  
sé sitattë kattó,  
ë sa lokó a bukká  
lë'a patá batyikkë, kattó,  
na n sòrò oppuá mmëlö mma  
sé báá lá kutyá,  
na n sóró'aë mmëlö mma  
sé báá lá mhMm,  
a purèesè kei ö nè sekere  
hM m hM, kè siilo

Esta pulsera de piel, vaya  
Esta pulsera de piel, vaya;  
La de las cosas que abundan  
Para quien coge berenjenas, vaya;  
Si lo llevo dos veces hacia arriba  
Hará como un estropajo,  
Si lo llevo dos veces hacia abajo  
Hará mhMm;  
Déjame mirarlo un momento  
¡Sí, sí, aquí está!

Y así cantaban y bailaban, pasándose el brazalete los unos a los otros. El cíclope-guardián llamó al marido para que participara también, disfrazado de cíclope. Y así lo hizo, cantando y bailando.

sé sitattë kattó  
sé sitattë kattó,  
ë sa lokó a bukká  
lë'a patá batyikkë, kattó,  
na n sòrò oppuá mmëlö mma  
sé báá lá kutyá,  
na n sóró'aë mmëlö mma  
sé báá lá mhMm,  
a purèesè kei ö nè sekere  
hM m hM, kè siilo”

Esta pulsera de piel, vaya  
Esta pulsera de piel, vaya;  
La de las cosas que abundan  
Para quien coge berenjenas, vaya;  
Si lo llevo dos veces hacia arriba  
Hará como un estropajo,  
Si lo llevo dos veces hacia abajo  
Hará mhMm;  
Déjame mirarlo un momento  
¡Sí, sí, aquí está!

Bailaron durante mucho tiempo, hasta que por fin el brazalete pasó al marido. Éste cantó. Recorrió la plaza dos veces con el brazalete cantando y bailando, siendo el asombro de los cíclopes, y a la tercera, salió corriendo. Los cíclopes llamaron a sus enormes perros y éstos persiguieron al desesperado marido. Pero cuando los perros llegaban junto a un montón de sardinas podridas, se paraban a comer. Mientras los enormes perros se peleaban disputándose su manjar, el marido seguía corriendo. Más atrás, al oír los ogros a los perros pensaban que el marido había sido capturado, pero cuando llegaban al lugar, observaban que se trataba de los perros disputándose sardinas entre heces y gusanos.

El marido llegó al poblado, llamó a su esposa y le entregó el brazalete. Pidió un trozo de cordón a su esposa, cogió una punta y la mujer otra. El marido cortó el cordón y habló a su mujer con estas palabras: “éramos marido y mujer, pero desde hoy cada uno puede seguir su camino, porque ya no lo somos”.

Y así se separaron. Y así termina este cuento<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Narradora de la versión en bubi: Dña. Purificación Bosoka Nepi (12/6/1984). Baney. (N.A.)



**BÖLOKITYÖWÁÁLO (Baney)**  
**(EL QUE DUERME ANTE LAS CASAS)**

Había una vez un poblado pequeño que fue haciéndose cada vez más grande. La gente pronto se percató de que las casas estaban a punto de llegar a la altura del gran árbol que en su día se encontraba a las afueras del poblado. Uno de los aldeanos se fijó en el árbol y habló de esta manera:

— “Este árbol es muy grande y está muy cerca del poblado, creo que deberíamos talarlo”

Y todos los hombres fijaron un día para cortarlo. Llegó ese día y cada uno llevó su hacha y su machete. Se dirigieron hacia el gran árbol y, sin demora, se pusieron a talarlo. El primer hombre dio sus primeros hachazos y, de repente, todos los hombres oyeron hablar al árbol:

— “¿Quién golpea el árbol de Bölokityöwáálo?”

Y el hombre que golpeaba contestó:

— “¡Yo soy!”

Y el árbol volvió a hablar:

— “¿Y si bajo del árbol y me trago a las personas y las hachas, qué diréis?”.

Y el hombre contestó de nuevo:

— ¡Bájate, si puedes! ¿Quién te crees que eres?”.

La sorpresa de los hombres fue grande. ¿Cómo podía hablar un árbol? Pero no dejaron de talarlo. Y el primer leñador fue sustituido por otro. Y el árbol volvió a hablar:

— “¡Pregunto quién está golpeando el árbol de Bölokityöwáálo!”.

Y el leñador de turno contestó:

— “¡Yo soy!”.

— “¿Y si bajo de aquí y me trago a las personas y las hachas, qué diréis?”, preguntó de nuevo el enyogonyogo (ogro gigante o cíclope), dueño del árbol que estaban talando los hombres.

Y el hombre contestó:

— “Bájate si quieres, ¿quién te crees que eres?”.

Los hombres no veían a la persona que les hablaba, pero le contestaban. Otro hombre sustituyó al segundo y se puso a talar el árbol; y el ogro enyogonyogo preguntó de nuevo:

— “¿Quién golpea el árbol de Bölokityöwáálo?”.

— “¡Yo soy!”

— “¿Y si bajo del árbol y me como a las personas y las hachas, qué diréis?”

El ogro se llamaba Bölokityöwáálo. Veía a las personas pero éstas no le veían. Y el tercer leñador contestó:

— “Bájate si quieres, ¿quién te crees que eres? ¿qué puedes hacer aquí?”

Y el monstruo fue bajando despacio. Al llegar abajo se tragó a una persona, y a otra, y a otra. Todos los habitantes del poblado estaban allí y el monstruo se los tragó, excepto una mujer que estaba embarazada y a punto de dar a luz. El monstruo intentó tragársela, pero no pudo. Al final se cansó y dijo:

— “Mujer, vete. Cuando des a luz, vuelve para que te trague”.

La mujer no lo pensó dos veces y regresó a su casa, asustada, porque estaba sola en el poblado, con todas las casas vacías y cerradas. La mujer se quedó sola en su casa, y dio a luz un hijo varón que pronunció en seguida sus primeras palabras:

— “Madre, ¿somos los únicos habitantes de aquí? ¿No hay otra gente?”

Pero la madre no le contestó. Y el niño insistió:

— “Madre, ¿dónde está la gente de este poblado? Por favor, Madre, dímelo, ¿qué ha pasado?”.

Y su madre le contó la historia:

— “Escucha hijo mío: en la parte baja del poblado hay un monstruo que se ha tragado a todas las personas, incluidas sus hachas. A mí no me tragó porque no pudo, puesto que todavía no habías nacido y yo tenía el embarazo grande”.

Pero el niño no se asombró ni tampoco se asustó. Y habló de nuevo a su madre:

— “Madre, quiero que me muestres dónde fue, quiero ver al monstruo”.

Y su madre le gritó:

— “¡Cállate, niño! ¿O es que quieres que nos trague el ogro?”

Pasaron algunos días y el niño creció. Y volvió a hablar del monstruo-cíclope a su madre:

— “Madre, por favor, quiero que me muestres al monstruo, quiero que me muestres el lugar donde se tragó a la gente”.

— “¿Y qué vas a hacer allí?”, preguntó la madre.

— “Voy a enseñarte algo”.

La mujer reflexionó durante un buen rato. Después tomó la palabra y dijo:

— “Mañana te mostraré el lugar”.

El niño había crecido. Ya era un mozo. Se adentró en el bosque y se puso a hacer lanzas y flechas de bambú. Cuando hubo terminado, regresó. A la mañana siguiente, su madre le llevó al lugar donde habitaba el enyogonyogo. Al llegar a las proximidades del árbol, la mujer dio un golpecito a su hijo y le dijo:

— “Hijo, ahí está el árbol. El monstruo está arriba”.

El chico miró el árbol y miró también a su madre, y en una actitud pensativa, dijo las siguientes palabras:

— “Madre, vete por favor, y si no quieres irte, vete a sentarte un poco lejos y mira, no quiero que el monstruo te encuentre cuando baje del árbol”.

El muchacho se subió al árbol y cuando llegó a la mitad, golpeó. Y el monstruo preguntó:

— “¿Quién golpea el árbol de Bölokityöwáálo?”

Y el muchacho contestó:

— “¡Yo soy!”

Y el monstruo preguntó de nuevo:

— “¿Y si me bajo de aquí y me como a las personas y sus hachas, qué diréis?”

Y el muchacho le contestó de nuevo:

— “¡Bájate y aquí me encontrarás!”

Bölokityöwáálo empezó a bajar. Pero al llegar abajo y no ver a nadie, preguntó:

— “¿Dónde está la persona que golpeaba el árbol?”

Pero Bölokityöwáálo no había terminado de hacer su pregunta cuando el muchacho empezó a lanzar sus flechas, alcanzando al monstruo que no pudo reprimir sus gritos:

— “¡Ay, ay, ay!, ¿es una simple gota de agua la que quiere desgajar el brazo de Bölokityöwáálo?”.

El monstruo gritó porque había perdido un brazo. Y no había terminado de gritar cuando perdió otro brazo. El muchacho seguía tirando flechas y lanzas. Y el monstruo perdió una pierna, y otra, y se quedó convertido en algo grande y redondo. El muchacho empezó a descender del árbol. Su madre miraba asombrada.

Al llegar el muchacho abajo, el monstruo-cíclope ya nada podía hacer, excepto mirar con los ojos muy abiertos, haciendo gestos con su boca grande, como tratando de tragar también al muchacho.

El muchacho cogió una lanza y abrió el estómago del monstruo, y todas las personas que éste había engullido fueron saliendo. Cada hombre salía con su hacha y su machete. Salieron todos y vieron el ogro en el suelo, con la panza abierta. Todos regresaron al poblado y abrieron sus casas. En seguida sonó el bötyutyú (cuerno llamador) y el töóleri (pregonero) habló de esta manera:

— “Mujeres y hombres, escuchadme todos: vayamos a la plaza todos”.

Y todos fueron a la plaza del poblado. Al llegar, el jefe les preguntó:

— “¿Cómo hemos llegado hasta aquí si todos estábamos en el estómago del monstruo?”.

Y la madre del muchacho que había matado al monstruo relató todo lo sucedido:

— “Señoras y señores: las palabras que voy a pronunciar son muy tristes y a su vez alegres.

El día de la tala del árbol, todos los hombres fueron engullidos por el gran monstruo, pero a mí no me pudo tragar por que estaba embarazada. No pudo tragarme porque mi embarazo era muy grande. Entonces me dijo que regresara a casa y que volviera cuando diera a luz. No pasaron tres días y di a luz. Nada más dar a luz, el niño preguntó por todas las personas del poblado. Insistió mucho en saber qué había sucedido, y al final tuve que contarle lo ocurrido. Me pidió que le llevara al lugar de los hechos. El chico tenía unas lanzas y flechas así de largas. Se subió al árbol y cuando el monstruo

empezó a bajar del árbol, el muchacho se ocultó entre las ramas. Al llegar el monstruo abajo, el muchacho empezó a tirarle flechas y lanzas y así pudo matarlo”.

Y los habitantes del poblado dieron las gracias al muchacho. Le abrazaron y le nombraron jefe. Y así termina este cuento<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Narradora de la versión bubi: Dña. Antonina Bosaho Moche (18/6/1987). Baney. (N.A.)